

Una "lengua para quejarse": la libertad de expresión
y los documentos coloniales mexicanos

Wayne C. Steely, Ph.D.
St. Joseph College
West Hartford, CT

Prepared for delivery at the 1998 meeting of the Latin American
Studies Association, The Palmer House Hilton Hotel, Chicago, Illinois,
September 24-26, 1998

Este ensayo, aunque trata consideraciones teóricas, tiene su génesis en cuestiones concretas y prácticas. A pesar de que a muchos de nosotros nos complace la idea de considerarnos investigadores e intelectuales, la franca realidad es que también, mayormente hablando, en igual grado somos maestros y profesores, los que impartimos la instrucción académica y, por consiguiente, los que controlamos y manejamos el fluir de ideas, temas y textos que ganan entrada en los salones de clases a todo nivel. Este control que ejercemos acrecienta tanto más, cuanto menos informados sean los alumnos; la falta de datos y de conocimientos se agudiza con la distancia cultural y cronológica.

Aquí en los Estados Unidos, nos preciamos de ser los guardianes celosos de los "derechos humanos" y constitucionales; entre los más venerados se cuenta la libertad de la palabra, la expresión desenfrenada e intercambio sin impedimentos de perspectivas y de opiniones, sean o no populares, aceptadas por la mayoría, o favorablemente recibidas por el canon social o político. Las universidades históricamente han gozado fama de estar en la vanguardia con respecto a la protección de la libertad de expresión. A pesar de quejas evocadas por la derecha y la izquierda policas, sobre la "censura" de pensamientos controvertidos, en general es en el campo académico donde la labor intelectual disfruta de mayor apertura.

Irónicamente, pues, los mismos defensores, en teoría, del derecho fundamental del libre examen de ideas, podemos igualmente desempeñar el papel de censores, de dejar que nuestro contexto de descripción individual--nuestra construcción vital o recepción del otro--sirva para teñir nuestra selección de materiales para la clase y reforzar o imponer nuestros propios prejuicios sobre el proceso docente.

Walter Mignolo, en una conferencia auspiciada por The National Endowment for the Humanities, propuso el tema de si "el subalterno tiene voz, y quién la oye ("Can the subaltern

speak, and who is hearing?").¹ Aunque se suele hablar de subalternidad en términos económicosociales y políticos, creo que viene al caso también con referencia a la actitud de instructor a los textos (en el sentido más amplio de la palabra) empleados en clase. En otras palabras, resulta demasiado fácil que los materiales queden parcial o totalmente relegados al papel de "siervo" de los propósitos unilaterales del instructor, entrando, por así decir, en una relación de superior a subalterno, quedando la voz de éste relegada a un papel muy secundario o inexistente en lo que debería ser el libre intercambio de ideas.

Como ejemplo, veamos el caso de la herencia cultural, en particular la del México central, durante los años de la conquista y de la época colonial subsiguiente. He escogido este ejemplo específico por ser éste quizás el más concocido y accesible, pero igualmente se puede extender a otras partes de Latinoamérica. Aunque hablar de la libertad de la palabra como reconocido derecho humano en aquellos tiempos obviamente equivale a incurrir en un anacronismo absurdo, cabe preguntar si sería posible restaurar, al menos de manera parcial y retrospectiva, la voz a ciertos individuos o grupos que durante medio milenio han carecido de representación adecuada.

Durante los primeros 400 años poscortesianos, y más, la voz española, mejor dicho las voces españolas, son casi las únicas que se oyen como componentes del discurso colonial. Muy particularmente en las clases de historia, lengua y literatura españolas, la narrativa de esta época crucial para la historia humana universal se contaba estrictamente a base de observaciones castellanas. La historia de la conquista y colonización de América, pues, se percibía mayormente en términos épicoheroicos, por el hecho de que quienes más se oían y leían eran los conquistadores y sus cronistas. De México, en particular, surgieron las varias versiones de la epopeya de Cortés y su hueste minúscula que, en un arrobo entre quijotesco y suicida, se arremete contra el magnífico Tenochtitlan y los valientes mexicas, logrando a fuerza de su astucia, suerte y

valentía inauditas apoderarse, por España y por Dios, de este maravilloso reino mágico. En su mayoría, son los mismos conquistadores y soldados quienes dictan ellos mismos la interpretación de los sucesos; éstos les prestan un sabor a libro de caballerías, casi sobrenatural, a sus hazañas.

Leamos a Bernal Díaz:

Peleábamos muy bien; mas ellos estaban tan fuertes y tenían tantos escuadrones...que aunque estuvieran allí diez mil Héctores troyanos y tantos Roladanes no les pudieran entrar; porque saberlo ahora yo aquí decir cómo pasó y vimos el tesón en el pelear, digo que no lo sé describir; porque ni aprovechaban tiros, ni escopetas, ni ballestas, ni apechugar con ellos, ni matarles treinta ni cuarenta de cada vez que arremetíamos...

(Hist. verdadera., 1968, p. 267)

Y el Gran Capitán, decidido, arrojado, indomable, se alza por encima de todos: una figura legendaria, quien se apoya en el ser español y católico para sobreponerse:

...yo los animaba [a los suyos] diciéndoles que mirasen que eran vasallos de vuestra alteza, y que jamás en los españoles en ninguna parte hubo falta....Y que además de hacer lo que como cristianos éramos obligados en puñar contra los enemigos de nuestra fe, y por ello en el otro mundo ganábamos la gloria y en éste conseguimos el mayor prez y honra que hasta nuestros tiempos ninguna generacion ganó. Y que mirasen que teníamos a Dios de nuestra parte (De las Cartas al Emperador, citado en Del Río, (p. 296).

Según esta versión, después de quedar sometidos en el sentido militar, los indígenas rápidamente son convertidos al catolicismo; Bernal Díaz apenas detiene su historia para contar como en un paréntesis este suceso un tanto milagroso (teniendo en cuenta, entre otros factores, las diferencias culturales y lingüísticas, la dificultad conceptual de otra cosmovisión y simbolismo icónico, el hecho de que los soldados en sí ni eran teólogos ni, al parecer, muy dados a guardar

los preceptos de su propia religión). Luego de apuntar una lista de "maldades y vicios" de los nativos, el soldado español comenta que

todas estas cosas por mí recontadas quiso Nuestro Señor Jesucristo que con su santa ayuda nosotros los verdaderos conquistadores...se lo quitamos y les pusimos en buena policía, y les enseñamos la santa doctrina. (p. 602)

Según Bernal Díaz, casi estarán de más los frailes franciscanos y dominicos que llegan poco después, "ya que todas las tierras teníamos de paz, y con la pulicía y manera de vivir que he dicho" (idem.).

Para el lector actual hasta mínimamente sofisticado, la narrativa de los "descubridores" y conquistadores americanos, y de los cronistas e historiadores que les siguen la pauta, parece una exageración risible, casi un cuento de hadas--útil a su manera para indicarnos la sorpresa de una pandilla pasmada por hallarse ante un, para ellos, "Nuevo Mundo", pero tan poco verosímil que por poco se desacredita a sí misma. Y sin embargo, ¿cuáles son las obras que invariablemente se incluyen en las antologías literarias e históricas? ¿A qué "historia" tiene el acceso el estudiante de literatura, sobre todo el aficionado o no especialista? En la antología de Angel del Río, de 1960, la que se solía emplear durante mis años universitarios, salen cotizados Cortés, Bernal Díaz, Gómara, Oviedo y Cabeza de Vaca, con una selección muy corta de Las Casas, el único detractor del grupo, la cual sólo muy someramente menciona los abusos escandalosos que iban a dar alce a la Leyenda Negra.

La situación apenas ha mejorado después de cuarenta años. Este año me han llegando dos antologías nuevas. En ellas, se incluyen escritos de Colón y Bernal Díaz, y poco más. Para el campo de la "Literatura hispanoamericana" el *locus* de enunciación se ha mantenido firmemente

tradicional, español--y más que español, apegado a la visión mítica y heroica--la del conquistador quien, habiendo acabado con la amenaza del infiel en la Península, vuelve los ojos a un "Nuevo Mundo" para reanudar la lucha épica por su Dios y su Patria contra el hereje.

En sentido diametralmente contrario, a partir de mediados de este siglo surgió otra perspectiva, espoleada por estudiosos como Angel Garibay K. y Miguel León-Portilla en el campo de las letras, y por un interés acelerado en la arqueología y antropología, otra perspectiva, la que se ha denominado como "el reverso de la conquista" o "la visión de los vencidos"--antítesis, casi se pudiera decir "antídota", a la articulación puramente española. León-Portilla en particular ha comentado que "hay dos caras reflejadas en el espejo discursivo que capturaron el momento trágico: los informes e historias de los vencedores y las crónicas nahuas de los vencidos" (Aztec Image, p. 124). En éstas últimas, el concepto azteca de la conquista se distingue por tres rasgos básicos: 1) el "cuadro mágico" que sirve de trasfondo para la tragedia, con los famosos portentos y presagios que durante los diez años anteriores a la llegada de los españoles van a dejar a los mexicas en un estado de expectativa (vid., p.ej., Sahagún, Libro XII, p. 723); 2) las angustias y cavilaciones de Motecuhzoma, quien vacila en su trato con los "teules" y medio anticipa el regreso de Quetzalcóatl; 3) la heroica defensa por parte de los mexicas y el trauma profundo provocado por la derrota (León-Portilla, Reverso...., pp. 19-20).

El patetismo lírico expresado en obras como el Anónimo de Tlatelolco de 1528 ("En los caminos yacen dardos rotos," etc.) parece cerrar este momento histórico con una lágrima vertida por la destrucción total del cosmos indígena, y queda en nítida oposición a la fuerza arrolladora del conquistador. Los nativos sobrevivientes se tornan melancólicos, resignados, casi sin voluntad frente a su erradicación etnocida.

Sin embargo, es mi parecer que ambas perspectivas, la "indigenista", quizás la más popular y difundida entre los que emprenden programas de estudios indígenas o chicanos, por una parte, y por otra, la que sigue siendo la historia "oficial" en los salones de clases de literatura y civilización españolas al nivel secundario y universitario, sufren en algún sentido de las mismas tachas. Las dos versiones pecan de simplistas y dogmáticas; la "visión de los vencidos" se levanta en oposición directa a la de los "vencedores", pero esta historia cae también dentro del marco mítico-épico-heroico; responde a los arquetipos españoles con unos propios. Si superficialmente el valiente y estoico Cuauhtémoc, por ejemplo, es un héroe más satisfactorio en su derrota, tortura y muerte injustificadas que el triunfante Cortés, en el fondo sólo viene a representar lo que sí es la "otra cara" de la conquista. Pero nos empobrecemos en nuestra visión de tan importante época histórica y cultural al no ver que no sólo hay dos "caras" a esta moneda, sino muchas monedas.

A base de muchos de los textos más conocidos, otros menos conocidos, y otros que apenas ganan entrada a las aulas académicas, es factible llevar a cabo una desconstrucción de las dos "visiones" para introducir elementos más polifacéticos. El empleo de la gama más amplia de textos nos proporcionará una versión más caótica, eso sí, y a lo mejor menos "limpia" o "acabada" en su trama, y seguramente menos melodramática, pero nos dejará una versión dentro de la cual hay cabida para una multitud de voces, libremente expresadas. Esta versión nos permitirá salir del matriz simplista de concebir el período de la conquista y colonización sólo en términos escuetos de "indígenas contra españoles." De ahí, nos libertaremos de un contexto descriptivo propio demasiado estrecho lo cual, a su vez, puede convertirse en una censura, a sabiendas a no, de voces que deben escucharse. Veamos, pues, tan sólo unos cuantos de los muchísimos recursos que están al alcance del maestro deseoso de integrar nuevas voces y visiones a la faena docente, a saber:

1) Los escritos tradicionalmente empleados, pero estudiados con nuevos ojos críticos.

2) Textos conocidos, pero menos difundidos, sobre todo entre los menos peritos. Existe una rica fuente de datos, pormenores, perspectivas y opiniones de diversa índole: obras de reliogiosos que expresaban diversas opiniones sobre los indigenas y sus compatriotas (como Torquemada, Motolinía y otros) informantes indígenas, historiadores y cronistas indígenas y mestizos (como Tezozómoc, Muñoz Camargo, Alva Ixtlilxóchitl, etc.).

3) "Textos," en el sentido más amplio de la palabra, a veces desprestigiados o hasta totalmente descartados por los que creen en una supremacía absoluta del documento escrito²: códices pintados, canciones prehispánicas, arte mural y arquitectónico, etc.

4) Estudios particularizados que en su mayoría yacen fuera del campo "literario" *per se*: estudios económicos, etnográficos y etnolingüísticos que, sobre todo entre estos últimos 20 años nos han enriquecido considerablemente en lo que se ha llegado a saber de las épocas prehispana y colonial.

En lo tocante al lado "español", la introducción de otras fuentes no tan comúnmente empleadas puede alterar drásticamente la "historia oficial" propagada; de igual forma nos lleva a dudar de la visión del conquistador como la única visión monolítica.

La versión superheroica sostenida por los escritos de los conquistadores, aunque tan fácilmente derribada como un castillo de naipes, sin embargo persiste en varios textos usados en las clases de literatura e historia. Apenas si merece mención, por ejemplo, la participación de los miles de indígenas que se aliaron con Cortés y no sólo sirvieron de apoyo, sino que, como se puede ver, frecuentemente tomaron posiciones en la vanguardia en la empresa militar,³ como cuenta el mestizo Cristóbal de Castillo: "todos los tlaxcaltecas y tliuhquitepecas iban a la delantera....Y los españoles iban al final" (p. 179).

La conquista como "empresa española" queda en gran parte desvirtuada no sólo por los escritos de Cristóbal del Castillo y otros como Alva Ixtlilxóchitl, sino también de manera gráficamente visual en "textos" como el Lienzo de Tlaxcala y el Códice de Azcatitlán, obras pintadas que retratan con frecuencia a los guerreros nativos a la delantera del asalto, con sus macanas y escudos, y con los españoles a la retaguardia. Así es que, pues, aunque se suele hablar de la "conquista española," cabe idear la posibilidad de una "sublevación indígena" contra el yugo de los mexicas, de la cual se aprovechan los invasores europeos. Esta imagen, por supuesto, disminuye la estatura casi mítica del conquistador, pero introduce elementos de la realidad política y social indígena a la historia.⁴

Si Patria, Gloria y Dios figuran como los móviles primarios en las crónicas españolas, otras voces alternativas insisten una y otra vez en el predominio, referente al carácter del soldado español, de una arraigada avaricia que llega a ser obsesionante. Cuánto no es el contraste entre la imagen del caballero ideal renacentista castellano, reflejada en un coetáneo como Garcilaso de la Vega, con su amor neoplátonico, su refinamiento y gentileza, y la del conquistador que viene elucidándose en otras partes. En la Relación anónima de Tlatelolco (1528), la voz indígena lamenta la desvergüenza con la cual los españoles tratan a las mujeres indígenas, en busca de bienes:

...y las mujercitas llevaban las carnes desnudas. Y por todos lados hacen rebusca los cristianos. Les abren las faldas, por todos lados les pasan la mano, por sus orejas, por sus senos, por sus cabellos... (Sahagún, Historia general, p. 820).

Los informantes de Sahagún constantemente hacen hincapié en la codicia española, sobre todo por el oro; su asombro repetido ante el fenómeno constituye un leitmotif innegable, lo que

culmina en la descripción de la "enfermedad/locura" del oro, bajo cuya influencia los "teules" se convierten en salvajes subhumanos e incontrolables, en animales:

Y les dieron a los españoles banderas de oro, banderas de pluma de quetzal, y collares de oro. Y cuando les hubieron dado esto, se les puso risueña la cara, se alegraron mucho, estaban deleitándose. Como si fueran monos levantaban el oro, como que se asentaban en ademán de gusto, como que se les renovaba y se les iluminaba el corazón.

Como que es cierto es que eso anhelan con gran sed, se les ensancha el cuerpo por eso, tienen hambre furiosa de eso. Como unos puercos hambrientos ansían el oro...

...Están como quien habla lengua salvaje...

(Sahagún, Historia general, p. 770)

Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, aunque partidario de los españoles por ser ellos los que trajeron el cristianismo al Nuevo Mundo, no obstante subraya el elemento "bárbaro" (p. 500) del carácter militar español, evidenciado en su avaricia desenfrenada ("según la hambrienta codicia y avaricia que ellos tenían, que eso tienen los codiciosos ojos, que mientras más les dan más quieren y nunca están hartos," Sumaria relación, p. 514). Y la narración de Cristóbal de Castillo pinta el colmo de la codicia, atribuyendo la catástrofe de la Noche Triste, en parte, a la destasada avaricia:

De esta forma todos los españoles se llenaron las bolsas, hasta la boca las llenaron de oro y plata. No se fijaron para nada en los preparativos de la guerra, pues empacaron todo el oro y la plata y llenaron sus bolsas. Y...se alegraron mucho, gozaron mucho....Fue a causa de todo el oro y la plata que habían cargado sobre sus espaldas, con el que llenaron sus bolsas, que se hundieron en el agua (pp. 177-80).

El abrirse a una rica variedad de textos y documentación, y el no limitarse a formas encasilladas de considerar el siglo XVI mexicano, también nos permite dar viva voz a otras perspectivas en cuanto a la población indígena. Hasta cierto punto, la cosmovisión mexicana, con su historia mítica (el viaje del mítico Aztlán, las visiones mágicas que guían a un pueblo desdichado a la magnificencia de Techochtitlán)--en gran parte autoconstruida y modificada según las necesidades de la clase dirigente durante el siglo XVI⁵--ha formulado unos de los arquetipos y leyendas/mitos más arraigados de la historia mexicana: los orígenes de los tenochca, su rico panteón de divinidades propias o prestadas de otros pueblos, su establecimiento en el Valle de México (con la visión del águila y la serpiente que llega a establecerse como símbolo nacional), su dominio político y económico subsiguiente, la caída de un imperio a base de la traición de una sola mujer y la vacilación ante la posibilidad del retorno de Quetzalcóatl. Tanto se identifica lo "azteca" con lo "mexicano" que Luis González de Alba habla de "la usurpación de toda la historia india como historia azteca" (Contenido, p. 75).⁶ Esta identificación automática viene a ser aun más peligrosa cuando se trata de un público poco o nada informado sobre la historia mexicana; entre muchos alumnos norteamericanos, y hasta entre gente profesional, "la civilización precolombina" y "los aztecas" son sinónimos.⁷

De todas maneras, nos conviene recordar que la autoimagen mexicana, propagada en obras de arte y arquitectura, en códices como el de Mendoza, y en escritos postcolombinos como el Códice Florentino, no corresponde en forma absoluta a la totalidad indígena mexicana, ni aun la del México central, y que tiene elementos tan interesados como la de otros pueblos de la región. La historia mexicana es quizás la "microhistoria" más importante de la época, y seguramente la más difundida, pero no es la única.

Otras perspectivas, sin embargo, subrayan el carácter tiránico e injusto del yugo mexica. Alva Ixlilxóchitl, por ejemplo, se queja de las crueldades perpetradas por los soberanos Tezozómoc y Maxtla ("comparan los viejos esta sujeción y esclavonía que les dio Tezozómoc, a la que hoy en día tienen sobre sí, que no puede ser mayor en el mundo"--Sumaria relación, p. 347). Cristóbal del Castillo describe a los mexicas como advenedizos, un pueblo recién llegado que se afirmó a base de conquistas en vez de "merecer la tierra," el pueblo que inventó el sacrificio humano y el canibalismo:

Y él, el *tlacatecólótl* ["demonio"--Huitzilopochtli] de los mecitin, enseñó lo que no es bueno, lo que no es recto, pues enseñó la enemistad, el combate, el sacrificio humano, el canibalismo. Y todas las cosas que ordenó su *tlacatecólótl* a los mecitin no eran buenas, no eran rectas, eran espantosas, eran temibles. No las conocían todos los diversos pueblos [texcocanos, tepanecas, coyohuaguas, chalcos, etc..] que habían venido primero" (p. 77, 139).

Aunque obviamente exagerada y hasta errada (el canibalismo no lo inventaron los mexica en las Américas), este punto de vista nos recuerda que la visión particular que los mexica se elaboraron no la compartían todos los pueblos del México central. Y a la imagen de la vida y sociedad cotidianas que los informantes de Sahagún describieron minuciosamente y que viene pintada en el Códice mendocino, hay que interponer unos provisos: primero, que son las visiones estilizadas de una élite, y que estos retratos de la vida diaria--tan útiles, sin duda alguna, tampoco son totalmente desinteresadas. Serge Gruzinski, entre otros, opina que "this self-examination, and often examination of a bygone self, was not innocent, since it constructed and imposed, at the same time as it recorded, the stereotyped image that we must keep or recover" (Conquest, p. 32). En segundo lugar, tenemos que recordar que estas descripciones, por acertadas que sean, parten

de un *locus* particular--eran la obra de informantes de cierta categoría social que intentaban representarles a sus oyentes cristianos la rectitud de la vida mexicana--de ahí los pormenores sobre la crianza de los hijos, el delito y sus castigos, etc.

Como antítesis, se puede ofrecer, por ejemplo, la descripción de la vida diaria de Tenochtitlán como la pinta Muñoz Camargo, radicalmente distinta de la civilización recta, obediente y sistematizada que se vislumbra por los comentaristas mexicanos. Muñoz Camargo pinta un cuadro de

jovencitas de vida airada que se burlaban de los prudentes consejos maternos, [donde] el aborto --punido con la pena capital--se practicaba a diario, y...los gobernantes no se tomaban en serio los rígidos principios místico-guerreros que legalizaban las agresiones bélicas... (Historia de Tlaxcala, p. 43).

En contraste con la autocaracterización estilizada de los mexicanos, según Germán Vázquez, Muñoz Camargo nos ofrece una ojeada a una civilización quizás menos ideal, pero más rica y realista:

...con todo, estas y otras perogrulladas, sistemáticamente ignorada por los mesoamericanistas, permiten vislumbrar la civilización del Anáhuac tal como era: plagada de contradicciones, miseria y opresión; mas también dinámica, vital y humana (idem.).

Aunque se pudieran desconstruir muchas facetas de la historia mexicana que han perdurado hasta nuestros días, tomemos como ejemplo la "traición a su raza" perpetrada por la Malinche, quien para tantos desempeña el papel de ⁸

mujer e indígena, madre y puta, traidora y útero simbólico de la nación....Esta india, tan poco india, anuncia el nuevo estatus del indio al servicio del patrón; indio callado que no tiene

existencia...indio cortado de la historia y sus raíces, indio sometido, cristianizado, blanqueado (F. Núñez Becerra, La Malinche, p. 9).

y "rajado," como diría Octavio Paz. En resumidas cuentas, para críticos como Lauren Wright de Kleinhaus, la Malinche no es más que "una traidora y vendepatrias" quien "siempre prefirió a Cortés sobre los suyos" (idem., pp. 149, 151).

Se podría refutar esta caracterización señalando, en primer lugar que, si traidora, la Malinche primero es traicionada, según informan Bernal Díaz (capítulo XXXVII) y Cristóbal del Castillo (p. 169), quienes cuentan que fue vendida por asuntos familiares por su padre y su madrastra a los de Teticpac y luego a Nonoalco antes de caer en manos de Cortés, y que no les debía ninguna lealtad a los mexicas.

Y más allá de estas consideraciones, al analizar otros escritos de la época, cabría agregar que la "traición a la raza" en tal caso no se recaería en su totalidad, ni mucho menos, únicamente sobre esta mujer. Si Malintzin es "traidora," el *corpus* de textos coloniales saca a luz una serie de "traiciones" y de "traidores," en su mayoría hombres. Un representante del grupo "Malinche varón" se evidencia en la Historia de Cristóbal del Castillo:

[A los de Cortés] les venía mostrando la tierra, los venía guiando, les venía advirtiendo los peligros una persona cempohualteca, de nombre Tlacochealcátl. Fue él también quien dirigió primeramente a los españoles allá [a Cempoala y en camino a Tenochtitlán] (p. 171).

Fernando Ixtlilxóchitl, hermano del *tlatoani* de Texcoco, sería otro candidato para el título de "Malinche varón." Este individuo, según algunos historiadores es una "figura clave" en la derrota de los tenochcas, y al que se le atribuye "la gloria melancólica de contribuir más que ningún otro

cacique de las Américas a esclavizar a sus compatriotas" (Ballantine, Ally of Cortés, pp. xii-xiii). En el Código Ramírez (pp. 195-202), y muy particularmente en la Sumaria relación y compendio historial, de su descendiente, Fernando Alva de Ixtlilxóchitl, (aunque con exageración indiscutible), se documentan la ayuda militar y el apoyo con abastecimientos que F. Ixtlilxóchitl les prestó a los españoles; y más allá de un simple aliado a Cortés los cronistas describen a F. Ixtlilxóchitl como un fanático en su conversión al cristianismo y en sus hazañas militares contra los mexicas. Los cronistas le colocan a la vanguardia durante la toma final de Tenochtitlan, y el asalto al templo dedicado a Huitzilopochtli; el texcocano simbólicamente llega simultáneamente a la cima del templo con Cortés:

llegaron Cortés e Ixtlilxóchitl a un tiempo, y ambos embistieron con el ídolo. Cortés cogió la máscara de oro que tenía puesta este ídolo con ciertas piedras preciosas que estaban engastadas con ella. Ixtlilxóchitl le cortó la cabeza al que pocos años antes adoraba por su dios, todo lo cual hicieron con no poco riesgo, porque sus enemigos les tiraban a menudo muchas pedradas y flechazos" (p. 466)

Para colmo, Ixtlilxóchitl es uno de los primeros en convertirse al catolicismo y uno de los primeros y más fervientes promotores de la nueva religión (pp. 500 y sigs.). Si la Malinche fue traidora y a su raza y cultura, ¿no lo fue tanto más Ixtlilxóchitl?

Y ¿qué diremos, en el sentido colectivo, de los otros pueblos indígenas que no sólo le facilitaron el camino a Cortés ruta a Tenochtitlan, sino que pelearon contra los mexica-tenochca y derribaron la base cultural de su raza? Nada más hace falta echarle un vistazo al Lienzo de Tlaxcala para presenciar el orgullo con el cual los tlaxcaltecas emprendieron la conquista de pueblo tras pueblo con sus aliados españoles. De igual forma, el Código de Tlatelolco (c. 1565),

revela el abandono de la raza a favor de los europeos. Según la interpretación de Serge Gruzinski,

Tlatelolco was not only taking the centre of the colonial stage--by its active participation in the crushing of the rebellious Indians of Mixtín--but was also relating itself to the dynastic history of the Hapsburgs....It [el Códice] illustrates the abandonment of a defeated status in favour of collaboration with Spanish authorities (Conquest of Mexico, p. 24)

¿De cuánta monta, dados estos testimonios, son las acciones de una mujer frente a lo que concertaron tlaxcaltecas, cempoaltecas, texcocanos y otros pueblos contra su raza?

Además, habría que analizar desde varias perspectivas la conducta de los *tlatoque* indígenas y sus sucesores en los albores de época colonial. El papel que éstos desempeñaron, sobre todo en las primeras generaciones de la posconquista, en tiempos recientes ha sido escudriñado con bastante minuciosidad; una conclusión hartó difícil de rechazar es que los *tlatoque* y los *pipiltin* les volvieron la espalda a la gran masa de su pueblo, precipitándose los *pipiltin* para aferrarse a su antiguo estatus social y económico. Bernardo García Martínez, por ejemplo, asevera que

entre los indios, los nobles formaban un subgrupo con privilegios bien definidos, claramente distinguidos del común de los macegales....En el siglo XVI las diferencias sociales dentro de la sociedad indígena eran muy marcadas y, a pesar de muchos cambios, la nobleza indígena sobrevivió hasta el final de la colonia....[Los caciques] conservaron sus títulos, así como sus tierras y terrazgueros. Su privilegios, su nivel de vida indica una españolización mayor que la de los plebeyos. Algunos indios se casaron con españolas como d. Martin Montezuma, hijo del emperador (Pueblos de

indios, pp. 6-9).

Este abandono o "traición" por parte de la nobleza indígena la tienden a corroborar los documentos oficiales de la primera época colonial, dentro de los cuales se acusa un interés agudo por hacerse pasar por noble, y por ende disfrutar de un estatus social más privilegiado y holgado. Se han documentado, para citar sólo unos cuantos casos, amplios ejemplos de gente indígena que buscaron amparo legal para poder lucirse en público a la usanza española, privilegio que se otorgaba únicamente a la nobleza nativa. Por ejemplo, se lee que

Este día se confirmó la licencia a Juan de Avalos, indio, natural del pueblo de Sayula [Jalisco], para que libremente pueda andar en jaca con silla y freno. Documentalia...Jalisco, pp. 326-27)

y "a Diego Cortés, indio principal de Sayula...licencia" para poder llevar puesta una espada, "andando en hábito de español" (idem. p. 327) Un documento notarial de las Actas del Cabildo de Tlaxcala (1547-1567) se queja del afán por distinguirse como nobles por parte de los indígenas:

Y en relación a que en todas partes de Tlaxcala muchas personas pretenden ser *pilli*/mopillque... [si no se arregla la situación] en lo que aún se vivirá/el futuro/, ¿acaso todas las personas se convertirán en *pilli*? Por esta causa va en aumento la soberbia. (p. 339)

Tales testimonios pueden desembocar en la conclusión de Thomas Hillerkuss (Doc. Jalisco, pp. 303-304), de que "los españoles no siempre fueron agresores y los indígenas víctimas inocentes....resalta el hecho de que los indígenas [nobles] se enfrentaban entre sí y contra los

españoles en la celosa defensa de sus derechos y pretensiones." De igual manera, las investigaciones más recientes de documentación colonial en náhuatl, efectuadas por James Lockhart, S. L. Cline y otros, atestiguan al mismo fenómeno: que una clase social, la aristocracia, se aprovechaba de su estatus peculiar para mejorarse social y económicamente, al detrimento de sus compatriotas. Lockhart, en su estudio de archivos legales y notariales de Toluca, encuentra disputas sobre terrenos entre noble y plebeyo (Nahuas and Spaniards, p. 237), y un control férreo sobre ciertas actividades económicas ejercido por los *pipiltin*.⁹

La idea de un México traicionado en el momento de nacer, pues, por un solo individuo--y por colmo, mujer, es decir, biológicamente más susceptible a "abrirse"--ha venido a ser un símbolo útil y automáticamente identificable del alma mexicana. No obstante, este arquetipo también ha servido para efectuar un estrechamiento del campo discursivo, en el sentido de que ha reducido la conquista a una ecuación demasiado simplista, a saber: si no hubiera habido Malinche, la conquista española de México nunca habría sido posible. Si quitamos lo individual y llevamos el concepto de una traición más arraigada y masiva, de todos los que socorrieron a Cortés o que les volvieron la espalda a su antigua cultura y a sus compatriotas, a base de una lectura más amplia de fuentes y textos, nuestra perspectiva sobre los acontecimientos y hazañas puede evolucionar. Aunque esta interpretación cause que la historia de la conquista resulte menos dramática y más plebeya, menos patética y más lógica, menos misteriosa y más comprensible al desmentir el concepto de la conquista como epopeya estrictamente tenochca--española; al mismo tiempo, la historia gana en riqueza de matices en cuanto a la complejidad de la sociedad indígena. No es cuestión de desechar totalmente una interpretación por otra, sino de redondear nuestras percepciones con múltiples voces que proporcionan perspectivas nuevas o impensadas.

Y, más allá de un empleo más amplio de voces referentes, como posibles "censores" a cualquier diálogo dentro de la sala de clases, también nos conviene analizar, en lo posible, nuestro propio contexto de descripción y la manera cómo ésta entrecruza con el lugar de enunciación. La forma cómo recibimos las estrategias y procedimientos de los textos que hemos venido comentando, en otros términos el "filtro afectivo," también desempeña un papel en nuestra interpretación. Si bien en las páginas anteriores he hablado de "traición" y "raza", igualmente cabe poner en tela de juicio lo acertado de estos dos términos. Este último presupondría no sólo la unidad genética de los amerindios¹⁰, sino una conciencia colectiva de marco racial. Aquél, por otra parte, refuerza la idea de pertenencia a un grupo determinado con la malevolencia intencionada de minar los intereses de ese grupo. En tal caso, la "traición a la raza," fuera la de Malintzin, de Ixtilxóchitl, de los tlaxcaltecas, o de cualquier otra entidad indígena, goza de validez conceptual únicamente si vemos la conquista en términos de "todos los indios" contra "todos los españoles" como equivalentes totales de "vencidos" y "vencedores."

En efecto, parece que el concepto de una "traición a la raza" sale más bien del contexto que del *locus* enunciativo. El eminente erudito J. Jorge Klor de Alva, por ejemplo, declaró que había que cuestionar la perspectiva esencialista de la "narrativa maestra" cuya base conceptual gira en torno a "indios contra españoles; nosotros contra ellos," porque los indígenas no se concebían a sí mismos bajo esa construcción.¹¹ En efecto, ni existía el término náhuatl equivalente a "indio," dato confirmado por Lockhart, basándose en su lectura de documentos en náhuatl:

Among the most striking absences is that of the category 'Indian.' Nahuatl contained no word covering this semantic range, and later, when it began to borrow Spanish words, including much ethnic terminology, Spanish *indio* did not become a standard part of the language. Indeed, no large-group category for

indigenous people had much currency (Nahuas and Spaniards, p. 9).

Además, tanto Klor de Alva como Lockhart rechazan que hubiera lo que aquél denomina "el fenómeno antiespañol panindio" (NEH, 23/VI/92) hasta el siglo XIX. A pesar de numerosas quejas y denuncias contra individuos¹², Lockhart asevera que, con respecto a un sentimiento globalmente antiespañol, "in sixteenth century Nahuatl documentation no such ready stereotype occurs, and the source of concern was at least as likely to be other indigenous groups" (p. 63).

A falta, pues, del campo conceptual de "raza" entre los indígenas, hay que preguntarse si en realidad la sensibilidad de nuestra época no ha supeditado e impuesto sobre el significante de los textos coloniales nuestra propia descripción textual. Lockhart en específico menciona el ejemplo de Tlaxcala como parte de la "elaboración de mitos" existentes en el siglo presente sobre una supuesta traición:

Tlaxcala was perhaps the first and probably the greatest ally the Spaniards had in the conquest of Mexico, but it found early and expert imitators. In the sixteenth century other Indian towns resented Tlaxcala not because, as the twentieth century has tended to feel, they were traitors for having turned on the 'Aztecs;' but because they seemed to get all the credit and reward for doing the same thing everyone else was doing all over the country (p. 25).¹³

Para nosotros resulta claro que, para ofrecer un ejemplo, nadie considera "traidores a la raza" a los españoles contra, digamos, los franceses, en sus numerosas guerras a lo largo de los siglos, a pesar de que los dos grupos comparten, en gran sentido, una base social, religiosa y lingüística común, porque nuestra orientación intelectual concibe a los dos grupos de manera diferenciadora.

Es quizá sólo por falta de conocimientos más concretos o exactos que no hagamos lo mismo con los grupos indígenas, o porque dejamos que un grupo--la aristocracia mexicana--domine el discurso del lado indígena.

En efecto, todos los "íconos" de dicha época, sean españoles o indígenas, deben ser sometidos a un juicio crítico a base de un empleo mucho más completo de fuentes y de perspectivas, para cuestionar ciertas dicotomías intelectuales demasiado fáciles, al igual que ciertos prejuicios inherentes, sean positivos o negativos al considerar temas, individuos o grupos. Además, es necesario tener presente los varios contextos (momento histórico, intención, público) que imposibilitan una lectura unívoca de datos. Es fácil, por ejemplo, concebir al Padre de Las Casas como el "gran defensor" del indígena. Pero, ¿a qué "Las Casas" nos referimos? ¿Al cronista de los abusos europeos contra indígenas, o al joven encomendero? ¿Al que abogó por el empleo de esclavos negros para aliviar la despoblación indígena, o al que luego renunció tal "solución"?¹⁴

De igual forma, si aplaudimos la labor etnográfica del Padre Sahagún, también cabe preguntarnos si nos referimos al Sahagún que comenzó su obra en 1547, o al que, en 1585, redactó otra versión de la Historia general, de perspectiva decididamente pro-Cortés y pro-conquista (Scheper, p. 10). ¿Podemos separar a Sahagún en su papel como conducto "neutral" de sus informantes nahuas y el que permite vislumbrar la voz indígena, del propagandista católico y español que busca en la conversión indígena un modo de "restituir a la Iglesia lo que el dominio la ha robado (en) Inglaterra, Alemania y Francia" (p. 20)? Y así muchos de los frailes que protegían a los nativos de los abusos cometidos por los conquistadores pero quienes eran, según Louise Burkhart "in their own seemingly gentle way...as ruthless as any conquistador. They supported conquest and colonization in theory; they merely objected to its abuses" (Slippery

Earth, pp. 17-18). Esta actitud la ejemplifica el Padre Mendieta quien, mientras critica a los encomenderos y autoridades españoles, lamenta la gran mortandad indígena provocada por pestilencia, en términos tanto económicos como morales:

A nosotros nos castiga Dios en llevárselos, porque si los conservásemos con buena vecindad y compañía, la suya nos sería utilísima, siquiera para provisión de mantenimiento; y acabados ellos, no sé en qué ha de parar esta tierra sino en robarse y matarse los españoles los unos a los otros...(p. 36)

Lógicamente se sigue que, si dentro de un individuo resulta infactible llegar a conclusiones irreductibles, tanto menos posible es atribuir a un grupo diverso una voz inequívoca sin incurrir en las generalizaciones más groseras. Por ejemplo, si tratáramos de describir la actitud "española" hacia los indígenas, hasta sin tener en cuenta las manifestaciones más egregias (como Pedro de Alvarado, por ejemplo), la diversidad de voces resultantes es testimonio a la imposibilidad de una descripción global fidedigna.

Para muchos de los primeros frailes predicadores, los indígenas eran almas puras y nobles, un tanto infantiles y dóciles, en necesidad de guía e instrucción espiritual. Mendieta, por ejemplo, deja lucir su actitud paternalista cuando pide que "con los indios tratemos siempre de tal manera, que no nos pierdan el respeto y reverencia, y conozcan de nosotros que los amamos como a verdaderos hijos, y que solo su bien es lo que pretendemos dellos" (Códice Mendieta, p. 96).

Mendieta agrega que

el talento y capacidad de los indios comunmente es como de nosotros de hasta diez ó doce años. De donde se sigue que no se les ha de pedir más caudal ni hacer de ellos más confianza que de

niños para dejarlos a su albedrío...[L]es es tan menester el azote como el pan de la boca... que en faltándoles el azote son como niños perdidos" (pp. 8-9).

Y si para los frailes y otros escritores como Ixtlilxóchitl, se convirtieron las multitudes al cristianismo deseosas de dejar atrás las prácticas sangrientas impuestas por el culto oficial a Huitzilopochtli, para otros, como Ruiz de Alarcón en años subsiguientes, los indígenas simplemente seguían sus "idolatrías y supersticiones" disfrazada o abiertamente, encubriendo su apego a las viejas tradiciones con una capa de catolicismo.¹⁵

Entre otros comentaristas del siglo XVI, Cervantes de Salazar en la Crónica de la Nueva España se destaca por su descripción despectiva del carácter indígena, acusándolos de ser mestureros y vagos, y por naturaleza inferiores al español. En contraste, se evidencian testimonios concretos (como los numerosos edificios públicos e iglesias construidos por mano de obra indígena) que desmienten esta imagen, y si buscamos dentro de la documentación colonial, topamos con varias instancias como ésta, de las Actas de Cabildo de Tlaxcala:

Los *tlahtoque* conversaron en el cabildo en presencia del magnífico señor Diego Ramírez corregidor...sobre los 'orfebres'/teochitlapitzquel, llamados Juan Nezaual y Juan Neza...quienes harán dos casos de metal. Los harán ellos porque son 'cuidadosos'/*mihmati*. Los hacen muy bien, su *tequitl*/oficio es sin falta alguna" (pp. 248-49).

Y esto sólo por parte de los españoles, sin hacer mención de las voces indígenas y mestizas con su autodescripción (por ejemplo en el Códice mendocino, que retrata la vida diaria en muchos de sus aspectos, desde la crianza de los hijos hasta las varias categorías de delitos). Somos testigos, pues, no de una narrativa "maestra" heredada de un partido u otro, sino de una búsqueda

semiótica que nos conduce a conclusiones menos definidas y escuetas, pero más intrigantes.

La "realidad" cultural e histórica de la conquista y la colonia, pues, se transforma en un caleidoscopio de múltiples microhistorias que se desplazan y se complementan, a base de una variedad de textos fácilmente al alcance de cualquier instructor. Sobre todo si estamos dispuestos a salir de las casillas tradicionales: lengua, literatura, historia, etc., y adoptar un acercamiento más polifacético e interdisciplinario, nos liberamos a nosotros mismos, y a nuestros alumnos, de una visión singular o bipolar de una de las épocas más fascinantes y cruciales de la historia humana. Y con este acercamiento también les restauramos el poder del habla a individuos y a agregaciones poco representados o totalmente desatendidos en el salón de clases típico.

En su Monarquía indiana, el Padre Torquemada recuerda el esplendor antiguo de la casa de Texcoco y lamenta el olvido en el cual han caído en sus tiempos las aportaciones texcocanas a la causa cortesiana:

...no ai Gente ya más abatida, que sus Parientes,
y Deudos, y aun casi no son conocidas, y
descendientes de su Linaje conczco Hijos de
Sastres, y que si al Oficio no lo ganan, no
lo comen... (p. 190)

El comentario final, y trágico, del Padre Torquemada es que "a estos Pobres Indios olvidan, porque no tienen Lengua para quejarse" (p.191). En el "libre mercado de ideas" que es, o que debe ser, el sistema universitario, es la tarea del instructor soltar la multitud de lenguas ricas, complejas y dispares que se quejan, deseosas de ser rescatadas del olvido y escuchadas como plenos partícipes en el discurso colonial.

Notas

¹En "Texts of the Encounter," 19/VI/92.

²Como J. Bierhorst, por ejemplo, en su edición de los Cantares mexicanos: "If we were to establish a hierarchy of probable truth, those tales and comments taht admittedly derive from 'ancient songs' should be placed in the very lowest rank" (p. 117).

³Se puede citar, por ejemplo, un texto que yo mismo he empleado para mis clases de civilización, el de J. Kattán-Ibarra, el cual, a pesar de sus virtudes generales, omite toda mención de la ayuda que sus aliados indígenas les brindaron a los españoles (Perspectivas culturales de España, pp. 79-81).

⁴También este concepto disminuye, hasta cierto punto, la fama posterior que los castellanos tenían de ser implacablemente crueles en su conquista; ciertas narraciones, compiladas por Hugh Thomas, hacen hicapié en el elemento vengativo en la despiadada matanza de mexicas por parte de los aliados indígenas de Cortés; Thomas subraya en varias ocasiones este elemento: "The Indian allies, mostly Tlaxcalans, followed [Alvarado] into the narrow streets. They killed—women and children as well as 'warriors'—with a ferocity which shocked the Castilians:" "The Indian allies, above all the Tlaxcalans...had no mercy. Cortés had given new orders to abstain from killing citizens....But they killed a large number"; "For the defeated, the days immediately after the fall of Tenochtitlan were atrocious. The Tlaxcalans, the Texxcocans, and other allies killed indiscriminately" (Conquest, pp. 522, 527, 528).

⁵Según Thomas, la reelaboración y reinterpretación de la historia se logró mediante un proceso de remodelación que incluyó la quema de libros históricos bajo el Emperador Itzcóatl, espoleado por el gran consejero Tlacaélel: "[I]n place of whatever they contained, the new men created the central myths of Mexico [uniendo la herencia tolteca a la mexica]. Old books had presumably given a different picture of Mexican history to what the new rulers wanted to have known...[I]t may also be seen as one more noble lie; which a group of leaders sets out to propogate in order to inspire their people with a verson of history which bears only a tenuous relation to the truth" (pp. 23-24).

⁶Es interesante notar, por ejemplo, que con las turbulencias políticas en Chiapas de nuestros días, esta identificación "imagen azteca—imagen indígena" lleva al Subcomandante Marcos a citar de la ya cotizada Relación anónima de Tlatelolco ("En el cammino yacen dardos rotos," etc.), como punto de partida para un comunicado recientemente difundido por el Internet (**Error! Bookmark not defined.**, febrero de 1998).

⁷Me acuerdo claramente de un artículo que salió en el diario de mi ciudad, Springfield, Massachusetts, hace varios años, que hablaba de los orígenes del maíz. Este, según el autor del artículo, fue un descubrimiento de los "aztecas de Sudamérica" [sic] hace varios miles de años, disparate que no merecería mención si no fuera leído por miles de norteamericanos.

⁸Observación intrigante teniendo en cuenta que Malintzin servía de "lengua" (pues así la llamaban los españoles) para Cortés.

⁹Por ejemplo, en cuanto a la venta del pulque, se supo que los vendedores eran casi todos caciques locales, salidos de la nobleza indígena. Concluye Lockhart (p. 237), "Thus it would appear that mainly people of some position were selling pulque..most likely because their position made it easier for them to influence others to buy."

¹⁰Lo cual en sí parece bastante certero, pues según estudios genéticos existen lazos muy estrechos

entre la mayoría de los grupos indígenas. Beals and Holier señalan que en varios grupos indígenas la gran mayoría de la gente tiene sangre del tipo "O"; en un comunicado por Internet de la Universidad de Arizona ("Human Genetic diversity"), se nota que ese mismo tipo de sangre "ranges from 80% to 100% in some North American [indigenous] populations."

¹¹En su conferencia presentada en Baltimore, Johns Hopkins University, 22/VI/92, para "Texts of the Encounter, 1492-1650."

¹²Como contra el cruel y odiado Pedro de Alvarado "Tonatiuh", entre las figuras más conocidas e infames del período; también existen un sinnúmero de documentos legales que particularizaban los abusos personales y jurídicos de oficiales españoles. Un buen ejemplo se encuentra en Doc...Jalisco, pp. 304-06, contra el oidor Miguel de Contreras, acusado de abuso de poder y violación de muchas indígenas.

¹³Los historiadores texcocanos en particular tienden a menospreciar las aportaciones de los tlaxcaltecas; Alva Ixtlilxóchitl, por ejemplo, al narrar la defensa de Chalco, explica que Cortés había ido allí con F. Ixtlilxóchitl "con más de veinte mil hombres de sus vasallos y algunos tlaxcaltecas que allí se hallaron a mano" (p. 459, subrayado mío), y luego acusa a los tlaxcaltecas de haber participado en la conquista de Tenochtitlán "más aínas...a robar que a ayudar" y de haber saqueado el palacio real de Texcoco y quemado sus archivos reales (p. 468).

¹⁴Aunque es falsa la acusación contra Las Casas, promovida por algunos, de que él era el responsable para la introducción de la esclavitud africana en las Américas, igualmente es innegable que el defensor de los indígenas americanos había abogado por la importación de esclavos negros para mitigar el sufrimiento de los indios. En un intento de fomentar la inmigración de mano de obra española, Las Casas proyectó un plan bajo el cual cada campesino español recibiera licencia para tomar 20 esclavos africanos (vid. Hanke, p. 2., Tromblay, pp. 51-59).

¹⁵Serge Gruzinski ha efectuado un estudio fascinante sobre el fenómeno del rechazo del cristianismo por ciertos individuos influyentes, y el retorno a la visión religiosa indígena en Man-Gods in the Mexican Highlands, obra basada en los tribunales eclesiásticos que perseguían la idolatría en el Valle de México.

Bibliografía

Alva Ixtlilxóchitl, Fernando de. *Ally of Cortés. Account 13 of the Coming of the Spaniards and the Beginning of the Evangelical Law*, trans. Douglass K Ballantine. El Paso: Texas Western Press, 1969.

_____. *Obras históricas*. Edmundo O'Gorman, ed. México, D.F.: Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 1975.

Anderson, J. Richard y Ross Hassig. *Treatise of Ruiz de Alarcón (1629)*. Norman, Oklahoma: University of Oklahoma Press, 1984.

Beals, Ralph L. y Harry Holier. *An Introduction to Anthropology*. Nueva York: MacMillan, 1965.

- Bierhorst, John. *Cantares mexicanos. Songs of the Aztecs.* Stanford: Stanford University Press, 1985.
- Burkhart, Louise. *The Slippery Earth: Nahuatl-Christian Moral Dialogue in Sixteenth Century Mexico.* Tucson: University of Arizona Press, 1984.
- Castillo, Cristóbal del. *Historia de la venida de los mexicanos y otros pueblos e Historia de la conquista*, trad. y estudio de Federico Navarrete Linares. México, D. F.: INAH, 1991.
- Códice Azcatitlán. París: Société des Américanistes, 1949.
- Chavero, Alfredo. *Lienzo de Tlaxcalla.* Reproducción de la versión de 1892. En *Arte de México*, núm 51/52, año XI, (1964).
- Díaz del Castillo, Bernal. *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España.* Madrid: Austral, 1968.
- García Martínez, Bernardo. *Los pueblos de indios y las comunidades.* México, D. F.: El Colegio de México, 1991.
- Gillespie, Susan. "The Aztec Triple Alliance—A Postconquest Tradition" en *Native Traditions in the Postconquest World*, Elizabeth Hill Boone y Tom Cummins, eds. Washington, D.C.: Dunbarton Oaks, 1998.
- González de Alba, Luis. "La historia de Meico y las mentiras de mis maestros." En *Contenido*, núm 409, (julio 1997).
- Gruzinski, Serge. *The Conquest of Mexico: The Incorporation of Indian Societies in the Western World*, trans. Eileen Corrigan. Cambridge, MA: Polity Press, 1993.
- _____. *Man-Gods in the Mexican Highlands: Indian Power and Colonial Society, 1520-1800*, trans. Eileen Corrigan. Stanford: Stanford University Press, 1989.
- Hanke, Lewis. *Bartolomé de las Casas: Historia.* Tallahassee: University of Florida, 1952.
- Hillerkuss, Thomas, compilador. *Documentalia del sur de Jalisco.* México, D. F.: INAH, 1994.
- "Human Genetic Diversity" en sitio Internet de la Universidad de Arizona
<http://www.as.ua.edu/ant/bindon/ant101/syllabus/polymorp/polymorp.htm>
<http://www.as.ua.edu/ant/bindon/ant101/syllabus/polymorp/polymorp.htm>

- Keen, Benjamin, ed. *Alonso de Zurita: The Laws of New Spain (Breve relación)*. New Brunswick, NJ: Rutgers University, 1963.
- Kattán-Ibarra, Juan. *Perspectivas culturales de España*. Lincolnwood, IL: National Textbook Company, 1995.
- León-Portilla, Miguel. *The Aztec Image of Self and Society*, ed. J. Jorge Klor de Alva. Salt Lake City: University of Utah Press, 1992.
- _____, ed. *The Broken Spears: The Aztec Account of the Conquest of Mexico*. Boston: Beacon Press, 1992.
- _____. *El reverso de la conquista*. México, D. F.: Editorial Joaquín Mortiz, 1964.
- _____. *Toltecatótl: Aspectos de la cultura náhuatl*. México, D. F.: Fondo de Cultura Económica, 1995.
- _____. *Visión de los vencidos*. Madrid: Historia 16, 1985.
- Lockhart, James. *The Nahuas After the Conquest*. Stanford: Stanford University Press, 1992.
- _____. *Nahuas and Spaniards: Postconquest Central Mexican History and Philology*. Stanford: Stanford University Press, 1991.
- Los códices de México*. México, D. F.: INAH, 1979.
- Mendieta, Jerónimo de. *Códice Mendieta (Historia eclesiástica indiana)*, Edmundo Aviña Levy, ed., en *Documentos franciscanos, siglos XVI y XVII*, t.1. Edición facsímil de la edición de J. García Icazbalceta, 1892. Guadalajara: 1971.
- Mignolo, Walter. "Afterword: From Colonial Discourse to Colonial Semiosis." *Dispositio XIV*, núm. 36-28 (1989), pp. 333-337.
- Muñoz Camargo, Diego. *Historia de Tlaxcala*, ed. Germán Vázquez. Madrid: Historia 16, 1986.
- Núñez Becerra, Fernanda. *La Malinche: De la historia al mito*. México, D. F.: INAH, 1996.
- Peterson, Jeanette Farrot, "¿Lengua o diosa? The Early Imaging of Malinche" en *Chipping Away on Earth: Studies in Prehispanic and Colonial Mexico*, ed. Eloise Quiñones Keber. Lancaster, CA: Labyrinthos, 1994.
- Río, Angel del. *Antología general de la literatura española*. Nueva York: Holt, Rinehart and Winston, 1960.

- Sahagún, Bernardino de. *Historia general de las cosas de Nueva España*, ed. Angel María Garibay. México, D. F.: Editorial Porrúa, 1992.
- Scheper, George L. "Re-Reading the 'Conquest of Mexico': Whose Story?". Presentado en "Texts of the Pre-Columbian/Spanish Encounter, 1492-1650," Instituto de Verano, National Endowment for the Humanities, Johns Hopkins University, junio-julio 1992.
- Solís, Eustaquio Celestino, et al., eds. *Actas del Cabildo de Tlaxcala, 1547-1567*. México, D. F.: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores de Antropología Social, 1984.
- Subcomandante Marcos, "La Mesa de San Andrés: Entre los Olvidos de Arriba y la Memoria de Abajo." Comunicado por Internet, sitio HYPERLINK <http://www.ezln.org/news/ezln980227-sp.html> <http://www.ezln.org/news/ezln980227-sp.html>, febrero de 1998.
- Sullivan, Thelma D. *Documentos Tlaxcaltecas del siglo XVI en lengua náhuatl*. México, D. F.: UNAM, 1987.
- "Texts of the Pre-Columbian/Spanish Encounter, 1492-1650." Instituto de Verano auspiciado por The National Endowment for the Humanities, Johns Hopkins University, Baltimore, MD, junio-julio 1992. Se emplean en este trabajo citas de ponencias de Walter Mignolo y J. Jorge Klor de Alva.
- Thomas, Hugh. *Conquest: Montezuma, Cortés and the Fall of Old Mexico*. Nueva York: Simon and Schuster, 1993.
- Torquemada, Juan de. *Monarquía indiana*. México, D. F.: Ed. Salvador Chávez Hayhoe, 1944.
- Tromblay, David M. *Columbus and Las Casas: The Conquest and Christianization of America, 1492-1566*. Nueva York: University Press of America, 1994.
- Varona-Lacey, Gladys. *Introducción a la literatura hispanoamericana: De la conquista al siglo XX*. Lincolnwood, IL: National Textbook Company, 1997.
- Villorio, Luis. *Los grandes monumentos del indigenismo en México*. México, D. F.: El Colegio de México, 1950.
- Whitmore, Thomas M. *Disease and Death in Early Colonial Mexico: Simulating Amerindian Depopulation*. Boulder, CO: Westview Press, 1992.